

La Reina
de la Remolacha
LOUISE ERDRICH

Nuevos Tiempos Siruela



Louise Erdrich

La Reina de la Remolacha

Traducción del inglés de Carlos Peralta

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

La Reina de la Remolacha

La rama

Primera parte

Capítulo uno (1932)

La noche de Karl

Capítulo dos (1932)

Rescate

Capítulo tres (1932)

Vista aérea de Argus

Segunda parte

Capítulo cuatro (1941)

El Picnic de los Huérfanos

Capítulo cinco (1950)

La boda de Sita

Capítulo seis (1952)

La noche de Wallace

Capítulo siete (1953)

La noche de Mary

Capítulo ocho (1953)

La noche de Russell

Capítulo nueve (1954)

La noche de Celestine

Tercera parte

Capítulo diez (1960)

La noche de Sita

Capítulo once (1964)

El aviorama

Capítulo doce (1964)

El ox Motel

Cuarta parte

Capítulo trece (1972)

El héroe más condecorado

Capítulo catorce (1971)

El pasajero

Capítulo quince (1972)

La tribuna

Capítulo dieciséis (1972)

Notas

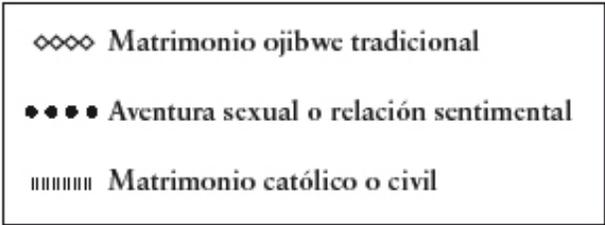
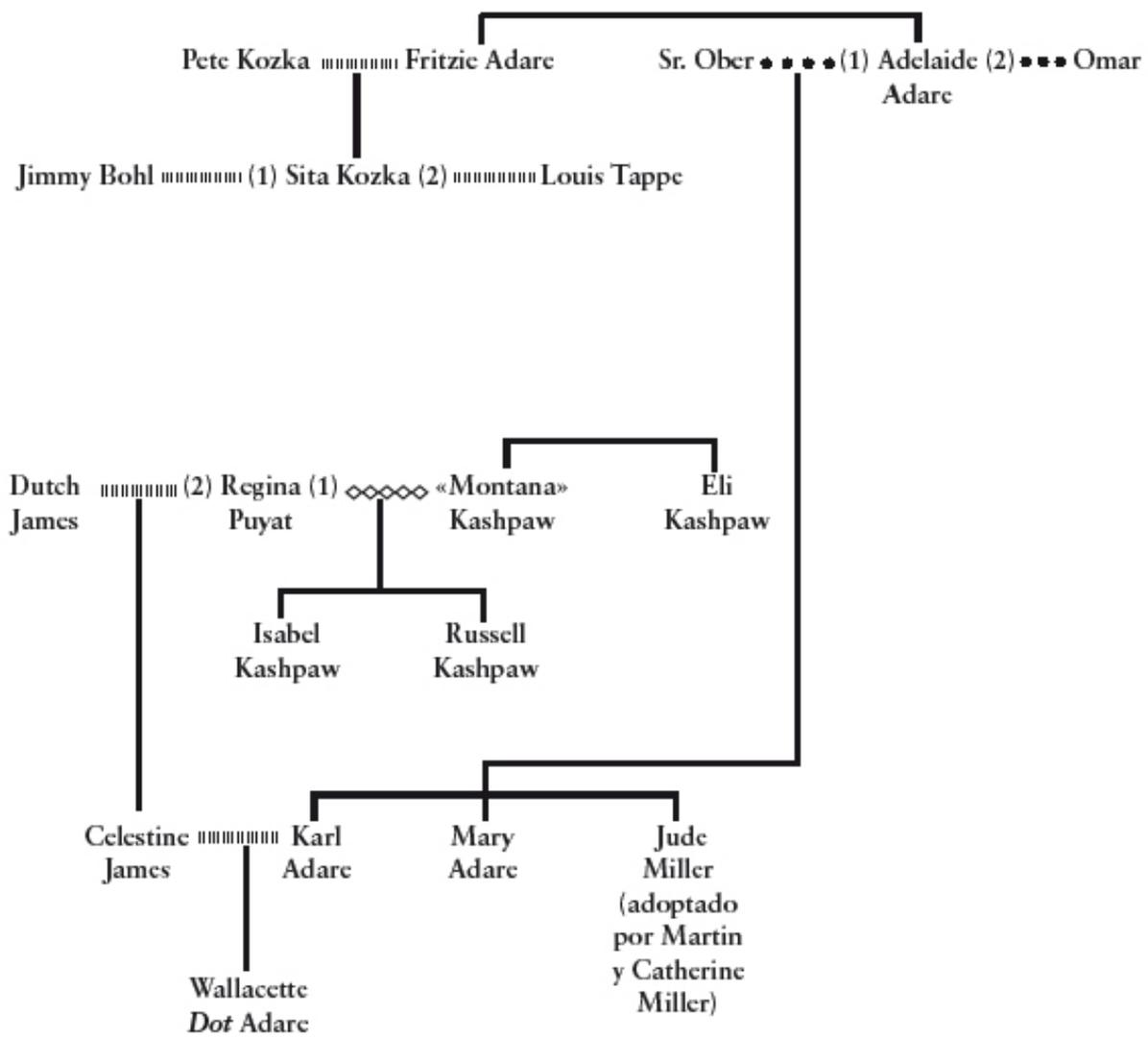
Créditos

A Michael,

cómplice en
cada palabra, esencial como el aire.

Quiero dar las gracias, primero, a mi padre Ralph Erdrich y también a mi abuela Mary Erdrich Korll, a nuestro editor Richard Seaver, a nuestra tía Virginia Burkhardt por su generoso entusiasmo y su admiración, a Charles Rembar, y a Barbara Bonner, amiga y apasionada lectora.

La Reina de la Remolacha



La rama

Mucho antes de que en Argus se plantaran remolachas y construyeran autopistas ya había un ferrocarril. Por sus vías, que atravesaban la frontera entre Dakota y Minnesota y se extendían hasta Minneapolis, llegaron todas las cosas que hicieron esta ciudad. Las cosas que la echaban a perder también se fueron por ese camino. Una fría mañana de primavera de 1932 el tren, un tren de mercancías, trajo a la vez una adición y una sustracción. Ambas llegaron a Argus con los labios morados y los pies tan entumecidos que, cuando saltaron del vagón, tropezaron y se destrozaron las palmas y las rodillas contra el suelo cubierto de ceniza.

El chico, alto para sus catorce años, estaba encorvado por el brusco crecimiento y era muy pálido. Tenía la boca dulcemente curvada, la piel fina como de niña. Su hermana sólo tenía once años, pero era ya tan baja y corriente que parecía obvio que se iba a quedar siempre así. Su nombre era práctico y cuadrado, como ella misma. Mary. Se sacudió el abrigo e hizo frente al viento húmedo. Entre los edificios sólo podía ver más horizonte desnudo y, de vez en cuando, hombres que lo atravesaban. En esa época el trigo era la cosecha principal y el suelo fértil había sido arado hacía tan poco que todavía no había volado completamente, como en Kansas. En realidad, las cosas eran generalmente mucho mejores en el este de Dakota del Norte que en la mayoría de los lugares, y por eso Karl y Mary Adare habían venido en ese tren. Fritzie, la hermana de su madre, vivía en el límite oriental de la ciudad. Ella y su marido eran dueños de una carnicería.

Los dos Adare se metieron las manos en las mangas y echaron a andar. Una vez que empezaron a moverse entraron en calor, aunque habían estado viajando toda la noche y el frío les había calado hondo. Se dirigieron hacia el este por la ancha calle principal de tierra y tablones, leyendo los letreros de todas las tiendecillas improvisadas que veían incluso las letras doradas del edificio de ladrillo del banco. Ninguno de

esos sitios era una carnicería. De pronto las tiendas se acabaron y aparecieron una serie de casas, grisáceas debido a las inclemencias del tiempo o a la pintura resquebrajada, con perros atados a la barandilla del porche.

En los patios de algunas casas había árboles jóvenes y uno de ellos, endeble, un rayo de luz sobre el gris universal, agitaba una capa de flores. Mary avanzó firmemente, casi sin mirarlo, pero Karl se detuvo. El árbol lo atrajo con su delicada fragancia. Sus mejillas se colorearon, estiró los brazos como un sonámbulo y con un largo movimiento extático flotó hasta el árbol y hundió la cara entre los pétalos blancos.

Cuando se volvió a mirar a Karl, Mary se asustó porque se había quedado muy rezagado y estaba inmóvil, con la cara pegada contra las flores. Gritó pero él no dio muestras de oír: estaba paralizado, extraño, entre las ramas. No se movió ni siquiera cuando el perro ladró y tiró de su cuerda. No advirtió que la puerta de la casa se abría y que una mujer salía precipitadamente. Le gritó a Karl, pero él no respondió y ella desató el perro. Grande y ansioso, avanzó dando grandes saltos. Y entonces, para protegerse o para coger las flores, Karl se estiró y arrancó una rama del árbol.

Era una rama tan grande, y el árbol tan pequeño, que el moho atacaría la cicatriz. Las hojas caerían más tarde ese verano y la savia retornaría a las raíces. La primavera siguiente, cuando Mary pasó por su lado para hacer algún recado, vio que no había florecido y recordó que, cuando el perro se había lanzado contra Karl, él lo había amenazado con la rama y los pétalos habían caído alrededor del fiero cuerpo extendido del perro como súbita nieve. Luego había gritado: «¡Corre!», y Mary había corrido hacia el este, hacia tía Fritzie. Pero Karl había corrido de vuelta hacia el tren, hacia el vagón de carga.

Primera parte

Capítulo uno

(1932)

MARY ADARE

De modo que así fue como llegué a Argus. Yo era la niña del abrigo tieso.

Después de correr ciegamente y detenerme asustada al no ver detrás a Karl, lo busqué con la mirada y oí el pitido largo y agudo del tren. Fue entonces cuando comprendí que probablemente Karl había saltado al mismo vagón de carga y ahora estaba acurrucado entre la paja mirando por la puerta abierta. La única diferencia era la rama fragante que florecía en su mano. Vi el tren que se arrastraba como una sarta de cuentas negras por el horizonte, de la misma manera que he visto tantas veces después. Cuando se perdió de vista me miré los pies. Tenía miedo. No era que sin Karl no tuviera a nadie que me protegiera, sino exactamente al revés. Sin nadie a quien cuidar y proteger, me sentía débil. Karl era más alto que yo pero escuálido, y por supuesto mayor, pero miedoso. Padecía fiebres que lo sumían en un estupor soñoliento y era muy sensible a los ruidos estridentes y a las luces crueles. Mi madre decía que era delicado, y que yo era todo lo contrario. Era yo la que mendigaba las manzanas demasiado maduras en la tienda y robaba crema de leche del patio trasero de la lechería de Minneapolis, donde vivíamos el invierno siguiente a la muerte de mi padre.

Esta historia empieza en ese momento, porque antes y de no haber sido por el año 1929, nuestra familia probablemente habría seguido viviendo cómodamente en una casa blanca aislada y solitaria en la orilla del lago Prairie.

Rara vez veíamos a nadie. Sólo estábamos nosotros tres: Karl, yo y nuestra madre, Adelaide. Incluso entonces había en nosotros algo diferente. Nuestro único visitante era Ober, un hombre con una barba

negra cuidadosamente recortada. Era propietario de todo un condado de trigales en Minnesota. Dos o tres veces por semana aparecía al atardecer y guardaba su coche en el establo.

Karl odiaba las visitas del señor Ober, pero yo las esperaba porque siempre alegraban a mi madre. Era como si en casa cambiara el clima. Recuerdo que la última noche que vino el señor Ober, ella se puso el vestido de seda azul y el collar de piedras brillantes que, como sabíamos, le había regalado él. Se hizo un moño con su trenza de color rojo oscuro y lo sujetó con alfileres y luego me cepilló el pelo con cien suaves pasadas iguales. Cerré los ojos y la escuché contar.

–Esto no lo has heredado de mí –dijo finalmente, mientras dejaba caer el pelo lacio y negro sobre mis hombros.

Cuando llegó el señor Ober, fuimos con él a la sala. Karl, en el sofá de crin, fingía fascinación por los losanges rojos tejidos de la alfombra. Como era habitual, el señor Ober me eligió a mí para sus mimos. Me puso en sus rodillas, llamándome Schatze.

–Para su pelo, señorita –dijo, mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta una cinta de satén verde. Tenía una voz grave, pero me gustaba su sonido en contrapunto con la de mi madre o solapándola. Más tarde, cuando nos enviaron a la cama a Karl y a mí, me quedé escuchando, despierta, las voces adultas que se elevaban, enredaban y caían, primero en la sala de la planta baja y luego, apagadas, en el comedor. Oí que ambos subían las escaleras. Se cerró la gran puerta al final del pasillo. Mantuve los ojos abiertos. Oscuridad, los crujidos y sobresaltos de una casa por la noche, el viento en las ramas, golpeando. Por la mañana él se había marchado.

Al día siguiente Karl estuvo enfurruñado hasta que nuestra madre le devolvió el buen humor con besos y abrazos. Yo también estaba triste, pero conmigo ella no tenía paciencia.

Karl siempre cogía antes que nadie el periódico del domingo para ver los cómics, de modo que fue él quien descubrió en la primera página la foto del señor Ober y su esposa. Había habido un accidente durante la

carga del trigo en un silo y el señor Ober había muerto asfixiado. Madre y yo estábamos limpiando los cajones de la cocina y recortando papel blanco para forrarlos cuando Karl trajo el periódico y nos lo mostró. Recuerdo que Adelaide llevaba el pelo peinado en dos trenzas rojas torcidas y que cayó al suelo cuan larga era. Karl y yo nos agachamos a su lado, muy cerca, y cuando abrió los ojos la ayudé a sentarse en una silla.

Movía la cabeza hacia atrás y hacia delante, no quería hablar y se estremecía como una muñeca rota. Luego miró a Karl y vio que él no lo sentía.

—¡Tú te alegras! —exclamó.

Karl apartó la cabeza, hosco.

—¡Era tu padre! —dijo ella.

Así se supo.

Mi madre sabía que ahora lo había perdido todo. La mujer de él sonreía en la foto. Nuestra gran casa blanca estaba a nombre del señor Ober, junto con todo lo demás, excepto un coche que Adelaide vendió la mañana siguiente. El día del funeral cogimos el tren de mediodía a las ciudades sólo con lo que podíamos llevar en maletas. Mi madre pensaba que allí, con su figura y su buen aspecto, podría encontrar trabajo en una tienda elegante.

Pero no sabía que estaba embarazada. No sabía cuánto costaban verdaderamente muchas cosas. Seis meses después el dinero se acabó y estábamos desesperados.

Yo no supe lo mal que estábamos hasta que mi madre robó una docena de pesadas cucharas a la casera, que era amable, o al menos no tenía nada contra nosotros, y a quien mi madre consideraba una amiga. Adelaide no dio explicaciones cuando descubrí las cucharas en su bolsillo. Días después desaparecieron y Karl y yo tuvimos gruesos abrigos. Además, había un montón de plátanos verdes en nuestra alacena. Durante varias semanas bebimos botellas de litro de crema de leche y comimos tostadas con mantequilla y una buena capa de mermelada. Creo que poco después el niño estaba a punto de nacer.

Una tarde mi madre nos envió abajo con la casera. La mujer era corpulenta y tan insulsa que he olvidado su nombre, aunque recuerdo vívidos detalles de todo lo que ocurrió en esa ocasión. Era una tarde fría

de finales del invierno. Mirábamos la vitrina donde se guardaban, después del robo, los platos pintados y los portatazas de plata. Los reflejos de nuestras caras nos miraban como fantasmas. De vez en cuando Karl y yo oíamos que alguien gritaba. Una vez algo pesado golpeó en el suelo directamente sobre nuestras cabezas. Ambos miramos al techo y extendimos los brazos como para cogerlo. No sé qué pasó por la mente de Karl, pero yo pensé que era el niño, pesado como el plomo, cayendo en línea recta a través de las nubes y del cuerpo de mi madre. Yo tenía una idea confusa del proceso del nacimiento. Fuera como fuese, ninguna explicación que yo pudiera soñar justificaba el largo grito que desgarró el aire, blanqueó la cara de Karl e hizo que se cayera de la silla hacia adelante.

Yo había renunciado a despertar a Karl cada vez que se desvanecía. Confiaba en que volvería en sí él solo, como ocurría siempre, con aire amable y deslumbrado y algo aliviado. Lo más que yo hacía era sostenerle la cabeza hasta que se le abrían los ojos.

–Ha nacido –dijo cuando recobró el sentido.

No me moví como si supiera que con ese grito se había completado nuestro desastre. Karl protestó y argumentó que por lo menos subiéramos las escaleras, aunque no llegáramos hasta la puerta, pero yo no me moví hasta que la casera bajó y nos dijo, primero, que ahora teníamos un hermanito y, segundo, que había encontrado debajo del colchón una de las cucharas de plata de su abuela y que no iba a preguntar cómo había llegado allí, pero que teníamos cuatro semanas para marcharnos.

Esa noche me dormí sentada en una silla junto a la cama de mamá, a la luz de una lámpara, sosteniendo al niño envuelto en una manta fina de lana. Karl estaba enroscado como una araña a los pies de mamá, y ella dormía profundamente con el pelo brillante y desordenado sobre las almohadas. Tenía el rostro pálido y demacrado, pero cuando habló no sentí compasión.

–Debería dejar que se muriera –murmuró. Tenía los labios blancos, congelados en el sueño. Debería haberla despertado, pero el bebé, curvado, se apretaba contra mí.

–Podría enterrarlo en el patio trasero –susurró ella–, entre las matas.

–Mamá, despierta –dije, pero ella siguió hablando.

–No tendré leche. Estoy demasiado delgada.

Miré al bebé. Tenía la cara redonda, con manchas azules, y los párpados hinchados y casi cerrados. Parecía frágil, pero cuando se movió le puse el meñique en la boca, como había visto hacer a las mujeres para tranquilizar a los niños, y chupó ansiosamente.

–Tiene hambre –le dije.

Pero Adelaide se giró y volvió la cara hacia la pared.

La leche afluyó a los pechos de Adelaide, al principio más de la que el bebé podía tomar. Tuvo que alimentarlo. La leche rezumaba formando manchas oscuras en sus camisas de tartán verde claro. No ignoraba por completo al niño, aunque se negaba a ponerle nombre. Hizo pañales con sus enaguas y un pequeño ajuar con su camisón, pero solía dejarlo llorar. A veces lloraba durante tanto tiempo que la casera subía la escalera resoplando para averiguar qué marchaba mal. Le preocupaba que estuviéramos tan desesperados y nos traía la comida que le sobraba de los inquilinos que pagaban. Sin embargo, no cambió su decisión. Debíamos marcharnos cuando terminara ese mes.

Las nubes de primavera eran altas y el aire era cálido el día que salimos a buscar otro sitio. La ropa de todos los días de mamá había sido usada para el bebé, de modo que sólo le quedaban las cosas buenas, la lana de mejor calidad, las sedas, los encajes. Llevaba un abrigo negro, un vestido negro adornado con fino encaje y delicados guantes de ganchillo. Tenía el pelo recogido en un estricto moño brillante. Íbamos por las aceras de ladrillo buscando anuncios en las ventanas, casas de huéspedes de las más baratas, barracones, hoteles. No encontramos nada y finalmente nos sentamos a descansar en un banco atornillado a la espalda de una tienda. En aquellos tiempos las calles de las ciudades eran mucho más amables. A nadie le importaba que los pobres recuperaran sus fuerzas, dejaran caer su carga, hablaran de su fracaso en el mundo.

–Podríamos volver con Fritzie –dijo mamá–. Es mi hermana. Tendría que acogernos.

Yo sabía por su voz que eso era lo último que deseaba.

–Podrías vender tus joyas –le dije.

Mamá me dirigió una mirada de advertencia y se llevó la mano al broche del cuello. Tenía apego a las cosas que el señor Ober le había regalado a lo largo de los años. Cuando se lo pedíamos, nos las mostraba: el elaborado collar de granates, el broche de ónix, los pendientes de perlas, la peineta española y el anillo con el espléndido diamante amarillo. Yo pensaba que no las habría vendido ni siquiera para salvarnos. Nuestras penurias la habían golpeado y estaba debilitada, pero en su debilidad era también obstinada. Nos quedamos en el banco de la tienda quizá media hora; luego, Karl advirtió música en el aire.

–Mamá –suplicó–, ¿es una feria!

Como siempre ocurría, ella empezó por decir que no, pero eso era una formalidad y los dos lo sabían. En un instante él la había seducido y persuadido a que fuéramos.

En el recinto ferial de la ciudad, a unas pocas calles más allá, se estaba celebrando el Picnic de los Huérfanos, una venta de caridad a beneficio de los niños sin hogar de Saint Jerome. Vimos el alegre estandarte rojo resplandeciendo sobre la entrada, con letras brillantes hechas a mano. Había barracas de tablas entre la alta hierba de color castaño remanente del invierno. Las monjas se deslizaban entre los mostradores con estolas y medallitas consagradas o aguardaban dignamente detrás de hileras de rosarios, cajas de zapatos llenas de estampas, figuritas de santos y juguetes corrientes. Nos metimos en el alboroto, mirando los saquitos cerrados con sorpresas, los juegos de azar, los objetos religiosos y las golosinas expuestos. En una barraca donde vendían sonoros artículos de metal, mamá se detuvo y sacó de su bolso un billete de un dólar.

–Me llevaré eso –dijo al vendedor mientras señalaba. Él sacó de su caja una navaja con mango de nácar y se la dio a Karl. Luego ella señaló un collar de cuentas: de oro y plata.

–No lo quiero –dije.

Enrojeció, pero después de una breve vacilación lo compró de todos modos. Luego hizo que Karl se lo ajustara al cuello. Puso el bebé en mis brazos.

–Tome, señorita Aguafiestas –dijo.

Karl se puso a reír y le cogió la mano. Vagando de una barraca a otra, finalmente llegamos a la tribuna, y Karl la empujó en seguida hacia los

asientos. Tuve que seguirlos a trompicones. El suelo estaba cubierto de papeles. Había carteles pegados a los árboles y a las paredes de tablas. Mamá recogió un papel pequeño.

El gran omar. El extraordinario aeronauta. Presentación a mediodía. Debajo de las palabras se veía la foto de un hombre delgado, con bigote y una bufanda amarilla ondeando al viento.

–Por favor –dijo Karl.

Y así nos unimos a la muchedumbre boquiabierta.

El avión picaba, giraba, zumbaba, se deslizaba por encima de nosotros como un insecto. Yo no estiraba el cuello ni abría la boca llena de excitación como los demás. Miraba al bebé, examinaba su carita. Acababa de emerger del interminable sueño de los recién nacidos y ahora, de vez en cuando, me miraba con profunda concentración. Encontré en su cara una versión distinta de mí misma: era más atrevido, vivo como la luz, de mal genio. Fruncía el ceño, inconsciente de que estaba inerte, molesto solamente por el grave zumbido del biplano que aterrizaba y rodaba por la pista hacia la multitud.

Al recordarlo ahora, no puedo creer que no tuviera ninguna premonición. Apenas miré cuando el Gran Omar saltó del avión y no aplaudí sus palabras ni sus amplios saludos. Apenas escuché cuando ofreció llevar a quien se atreviera. Creo que pedía uno o dos dólares por ese privilegio. No lo advertí. No estaba preparada para lo que ocurrió después.

–¡Yo! –gritó mi madre, alzando su bolso al sol.

Sin mirar atrás, sin una palabra, sin advertencia ni vacilación se abrió paso a través de la gente reunida al pie de la tribuna y avanzó por el espacio vacío alrededor del piloto. Miré por primera vez al Gran Omar. Daba la impresión de elegancia, como sus carteles. Llevaba anudada al cuello la bufanda amarilla y ciertamente tenía una especie de bigote. Creo que llevaba un jersey blanco manchado de grasa. Era delgado y atezado, más pequeño en relación con el biplano de lo que se veía en el cartel, y mucho mayor. Después de ayudar a mi madre a subir al asiento del pasajero y de situarse ante los mandos se puso unas gafas verdes. Y entonces hubo un momento de sorpresa, infinito, mientras se preparaba para despegar. El aviador hizo unas señas a los dos hombres que le habían ayudado a hacer girar el avión.

–¡Listos! ¡Arranque!

–¡Cuidado con la hélice! –gritó Omar, y los hombres saltaron a los lados.

La hélice levantó viento. El avión se inclinó hacia adelante, se elevó sobre los árboles bajos, ganó altura. El Gran Omar giró alrededor del campo y vi el largo pelo rojo de mi madre que se liberaba del apretado moño y flotaba suelto en un arco que parecía enredarse alrededor de sus hombros.

Karl contemplaba el cielo paralizado por la fascinación y nada dijo mientras el Gran Omar realizaba sus pasadas acrobáticas. Yo no podía mirar. Estudiaba la cara de mi hermanito y esperaba, tensa, que el avión se estrellara contra el suelo.

La muchedumbre empezó a dispersarse. La gente se alejaba. Era más difícil oír el ruido del motor. Cuando me atreví a levantar la vista, el Gran Omar se alejaba en línea recta de la feria con mi madre. Pronto el avión fue sólo un punto blanco, luego se confundió con el cielo claro y se desvaneció.

Sacudí el brazo de Karl, pero él se liberó de mí y saltó hacia el borde de la tribuna.

–¡Llévame! –gritó, inclinándose sobre el pasamanos. Tenía la vista clavada en el cielo, y parecía como si quisiera lanzarse hacia él.

Satisfacción. Me asombró, pero eso fue lo primero que sentí cuando Adelaide desapareció volando. Por una vez no hizo diferencias entre Karl y yo, nos había abandonado a ambos. Karl dejó caer la cabeza entre las manos y empezó a sollozar contra sus gruesas mangas de lana. Yo aparté la vista.

Debajo de la tribuna, la multitud se movía en olas azarosas. Por encima, las nubes formaban una fina capa que cubría el cielo como una muselina. Contemplamos el ocaso que se cernía ya en los ángulos del campo. Las monjas empezaron a guardar sus rosarios y libros de oraciones. En las pequeñas barracas de la feria se encendieron luces de colores. Karl se golpeaba los brazos, pisaba con fuerza, se soplaba los dedos, pero yo no tenía frío. El bebé me daba calor.

El bebé se despertó, muy hambriento, y yo no podía consolarlo. Chupaba con tanta fuerza que yo tenía el dedo blanco y arrugado, y luego se echó a llorar. La gente se acercaba. Las mujeres extendían los

brazos, pero yo apretaba más a mi hermano. No confiaba en ellas. No confiaba tampoco en el hombre que estaba a mi lado y hablaba bajito. Era un hombre joven de cara triste, huesuda, sin afeitar. Lo que más recuerdo de él es su tristeza. Quería llevarle el bebé a su esposa para que ella lo alimentara. Tenía un recién nacido, decía, y leche suficiente para dos.

Yo no contestaba.

–¿Cuándo volverá tu madre? –preguntó.

Esperaba. Karl estaba mudo, mirando el cielo oscuro. Adultos entrometidos me rodeaban y me decían qué debía hacer.

–Dale el bebé, querida.

–No seas terca.

–Deja que se lleve el niño a su casa.

–No –respondía yo a cada orden y a cada sugerencia; incluso llegué a darle un puntapié a una mujer atrevida que intentó arrebatarme de los brazos a mi hermano. Una por una se desanimaron y se marcharon. Sólo quedaba el joven.

Fue el bebé mismo quien finalmente me convenció. No dejaba de llorar. Cuanto más lloraba, más se acercaba el joven triste, más débil era mi resistencia, hasta que casi no pude contener mis propias lágrimas.

–Entonces iré con usted –le dije al joven–. Traeré de vuelta al bebé cuando haya comido.

–No –exclamó Karl, saliendo bruscamente de su estupor–. ¡No puedes dejarme solo!

Me agarró del brazo con tal urgencia que el bebé resbaló, y en ese momento el hombre me sostuvo, como si quisiera ayudarme, pero en cambio cogió al niño.

–Lo cuidaré bien –dijo, y se dio la vuelta.

Traté de liberarme de Karl; pero, como mi madre, era más obstinado cuando se asustaba y no lo conseguí. El hombre echó a andar hacia las sombras. Oí que el llanto del bebé se desvanecía. Finalmente me senté al lado de Karl y dejé que el frío me invadiera.

Pasó una hora. Otra hora. Cuando las luces de colores se apagaron y se elevó la luna borrosa detrás de las sábanas de nubes, supe con seguridad que el joven había mentado. No volvería. Y sin embargo, como parecía demasiado triste para hacer daño a nadie, tuve más miedo

por Karl y por mí. Éramos nosotros los que estábamos absolutamente abandonados. Me puse de pie. Karl se puso de pie a mi lado. Sin decir una palabra caminamos por las calles vacías hasta la pensión. No teníamos llave, pero Karl demostró un talento inesperado. Con la delgada hoja de la navaja que le había regalado Adelaide abrió la cerradura.

Inundaban la fría habitación el tenue perfume de las flores secas que mi madre guardaba en su baúl, la densa fragancia de la naranja tachonada de clavos olorosos que tenía colgada en su armario y la de esencia de lavanda con que se frotaba la piel por la noche. Todavía parecían demorarse allí la dulzura de su aliento, el roce de sus enaguas de seda, el rápido ruido de sus tacones. El dolor nos abrumaba. Nos hundimos en su cama y lloramos, envueltos en su colcha, abrazados. Y sin embargo, una vez hecho esto, me volví fría.

Me lavé la cara en el lavabo, desperté a Karl y le dije que iríamos a casa de tía Fritzie. Asintió sin esperanza. Comimos todo lo que quedaba en la habitación, dos tortas frías, y preparamos una pequeña maleta de cartón. Karl la llevaba. Yo llevaba la colcha. Lo último que hice fue meter la mano hasta el fondo del cajón de mi madre y sacar su cajita redonda. Estaba bien cerrada y forrada de terciopelo azul.

–Tendremos que vender estas cosas –dije a Karl. Él vaciló pero luego, con una mirada dura, cogió la cajita.

Salimos silenciosamente antes del amanecer y fuimos hasta la estación del tren. Entre la maleza había hombres que conocían el destino de cada vagón de carga. Encontramos el que buscábamos y subimos. Extendimos la colcha y nos envolvimos, bien juntos, con nuestras cabezas apoyadas en la maleta y la cajita de terciopelo azul de mamá entre nosotros, en el bolsillo de Karl. Me aferré a la idea de los tesoros que contenía, pero no podía saber que el reconfortante tintineo que partió de su interior cuando el tren se puso en marcha, esa tarde, no era el de la rica herencia que podía salvarnos –el collar de granates y el diamante amarillo– sino el de botones y alfileres y el silencioso recibo de una casa de empeños de Minneapolis.

Pasamos toda la noche en ese tren que frenaba y cambiaba de vías y

rodaba hacia Argus. No nos atrevimos a bajar a beber agua o a robar comida. La única vez que lo intentamos el tren echó a andar tan bruscamente que apenas logramos asirnos de una escalerilla. Perdimos la maleta y la colcha porque cogimos otro vagón, y durante el resto de la noche el frío no nos dejó dormir. Karl estaba tan abatido que ni siquiera discutió cuando le dije que era mi turno de guardar la cajita de mamá. Me la puse dentro del jersey. No me abrigaba; pero aun así, cuando cerraba los ojos, el fulgor del diamante y los dibujos de los granates girando en el aire oscuro me daban algo. Mi mente se endureció, brillante e irisada como una piedra mágica, y vi a mi madre con toda claridad.

Todavía estaba en aquel avión, volando cerca de las estrellas titilantes, cuando de pronto Omar advirtió que se le acababa el combustible. No se había enamorado a primera vista de Adelaide y ni siquiera le importaba lo que le ocurriera. Tenía que salvarse. Tenía que reducir la carga. Preparaba los mandos. Se ponía de pie en la cabina. Y luego, con un solo movimiento repentino, arrancaba a mi madre del asiento y la arrojaba al espacio.

Durante toda la noche ella caía a través de un frío terrible. El abrigo se le abría y se ondulaba y su vestido negro se le enrollaba entre las piernas. El pelo rojo se elevaba hacia arriba como una llama. Era una vela que no daba calor. Mi corazón se congeló. Yo no la quería. Por eso, por la mañana, permití que chocara contra el suelo.

Cuando el tren se detuvo en Argus yo era un bloque de hielo resentido. Me dolió cuando salté y me raspé las rodillas heladas y las palmas de las manos. El dolor me agudizó lo bastante para que pudiera leer los letreros y estrujarme el cerebro tratando de recordar dónde estaba la tienda de tía Fritzie. Habían pasado años desde nuestra última visita.

Karl era el mayor y probablemente yo no debía responsabilizarme por perderlo también a él. Pero no lo ayudé. Atravesé corriendo toda la ciudad. No podía soportar que su cara resplandeciera a la luz reflejada por las flores, rosada y radiante, como cuando mi madre la acariciaba.

Cuando me detuve, me asomaron dos lágrimas calientes a los ojos y me ardieron los oídos. Tenía ganas de llorar pero sabía que era inútil. Me volví, mirando cuidadosamente a mi alrededor, y fue una suerte que

lo hiciera, porque podríamos haber dejado atrás la carnicería pero de pronto allí estaba, a poca distancia de la calle, en un camino de tierra. A un lado había un cerdo blanco pintado, y dentro de éste se leía CARNES KOZKA. Caminé hacia allí entre hileras de pinos diminutos. El sitio parecía a medio construir pero próspero, como si Fritzie y Pete estuvieran demasiado ocupados con los clientes para preocuparse por apariencias. Me detuve en el amplio porche y miré todo atentamente, como hacen los mendigos. Había una fila de cuernos de ciervo encima de la puerta. Pasé por debajo.

La entrada era oscura y me latía el corazón. Había perdido tanto, y había sufrido tanto por la pena y el frío, que no dudaba de que veía algo que era natural y comprensible, pero no real.

Una vez más el perro saltó contra Karl y las flores cayeron de su rama. Sólo que cayeron a mi alrededor en la entrada de la tienda. Olí los pétalos que se fundían sobre mi abrigo, sentí en mi boca su leve dulzura. No tuve tiempo para preguntarme cómo podía ocurrir eso porque desaparecieron con igual brusquedad apenas dije mi nombre a la persona que estaba detrás del mostrador de cristal.

Tío Pete era alto y rubio y llevaba una vieja gorra vaquera del mismo color que sus ojos. Su sonrisa fue lenta, amable para un carnicero, y me llenó de esperanzas.

—¿Sí? —preguntó. No me reconoció ni siquiera cuando le dije quién era. Finalmente sus ojos se agrandaron y llamó a Fritzie.

—¡La hija de tu hermana! ¡Está aquí! —gritó en el pasillo.

Le dije que estaba sola, que había venido en un vagón de mercancías, y me cogió en sus brazos. Me llevó a la cocina, donde tía Fritzie freía una salchicha para mi prima, la guapa Sita, que me miraba fijamente desde su sitio en la mesa mientras yo trataba de explicar a Fritzie y a Pete cómo había brotado de la nada y había entrado por la puerta principal.

Me miraban con amable suspicacia, pensando que me había escapado. Pero cuando les hablé del Gran Omar y de cómo mamá había sujetado su bolso y él la había ayudado a subir, sus caras se ensombrecieron.

—Sita, ve a limpiar los cristales de fuera —dijo tía Fritzie. Sita se deslizó de mala gana de su silla—. Ahora mismo —agregó Fritzie. Tío Pete se sentó pesadamente y apretó los puños debajo del mentón.

–Continúa, cuéntanos el resto –dijo, y yo les conté todo lo demás, y cuando terminé también había comido una salchicha y bebido un vaso de leche. Pero estaba tan cansada que casi no podía mantenerme erguida. Tío Pete me cogió en brazos. Recuerdo que me apoyé en él, y luego nada. Dormí ese día y toda la noche y no desperté hasta la mañana siguiente.

Me quedé quieta durante lo que me pareció mucho rato, tratando de establecer el origen de los objetos que había en la habitación, hasta que recordé que pertenecían a Sita.

Allí es donde iba a dormir todas las noches durante el resto de mi vida. Los muros estaban recubiertos de pino con vetas oscuras. Las cortinas tenían estampados bailarines y notas musicales. La mayor parte de una pared la ocupaba un alto armario de roble con adornos en espiral y muchos cajones. Sobre él había una lámpara de madera con la forma de un pozo de los deseos. Detrás de la puerta había un espejo de cuerpo entero. Mientras asimilaba mi entorno entró por la puerta Sita, alta y perfecta, con una trenza rubia que le llegaba a la cintura.

Se sentó al borde de mi cama y cruzó los brazos sobre sus pequeños pechos nuevos. Tenía un año más que yo y uno menos que Karl. Desde la última vez que la había visto había crecido repentinamente, pero su desarrollo no la había convertido en una criatura torpe, delgada y huesuda. Sita sonreía. Me miraba, sus fuertes dientes blancos resplandecían y se acariciaba la trenza rubia que le colgaba del hombro.

–¿Dónde está tía Adelaide? –preguntó.

No respondí.

–¿Dónde está tía Adelaide? –repitió con voz furiosa y cantarina–. ¿Por qué estás aquí? ¿Adónde ha ido? ¿Dónde está Karl?

–No lo sé.

Pensé, supongo, que el dolor de mi respuesta haría callar a Sita, pero eso era sólo porque aún no la conocía.

–¿Por qué os ha abandonado? ¿Dónde está Karl? ¿Qué es esto?

Cogió la cajita de terciopelo azul de mi pila de ropa y la agitó junto a su oído.

Le arrebaté la cajita con una indignada velocidad que ella no esperaba. Luego bajé de la cama, amontoné mi ropa entre los brazos y salí de la habitación. La puerta abierta del pasillo daba al cuarto de

baño, una habitación grande y humeante por los muchos usos que pronto se convirtió en mi refugio, porque tenía la única puerta que podía cerrarle a mi prima.

Después de llegar a Argus, todos los días, durante semanas, me despertaba lentamente pensando que estaba nuevamente en el lago Prairie y que nada de esto había ocurrido. Luego veía las oscuras vetas de la madera de pino y el brazo de Sita colgando de la cama, arriba, y el día comenzaba. Oía el rítmico zumbido de las sierras para la carne, las picadoras, los ventiladores. Husmeaba el aire cálido y oloroso a pimienta a causa de las máquinas de hacer salchichas. Tía Fritzie fumaba sus acres Viceroy en el baño. Tío Pete estaba afuera alimentando al gran pastor alemán blanco que pasaba la noche en la tienda para defender las sacas de lona de dinero.

Yo me levantaba, me ponía uno de los viejos vestidos rosa de Sita e iba a la cocina a esperar a tío Pete. Preparaba el desayuno. Que pudiera hacer una buena taza de café y unos huevos fritos a los once años era una fuente de asombro para mis tíos y una ofensa para Sita. Por eso lo hice todas las mañanas hasta que tenerme allí se convirtió en una costumbre.

Me proponía ser indispensable para todos ellos, conseguir que dependieran tanto de mí que nunca pudieran echarme. Lo hacía deliberadamente, porque pronto descubrí que nada más podía ofrecer. El día siguiente a mi llegada, cuando me desperté y escuché las preguntas acusadoras de Sita, quise darles lo que yo creía mi tesoro, la cajita azul donde estaban las joyas de mamá.

Lo hice del modo más grandioso que pude, con Sita como testigo y Pete y Fritzie sentados ante la mesa de la cocina. Esa mañana entré con el pelo mojado y puse la cajita entre mi tío y mi tía. Mientras hablaba miraba a Sita y a Fritzie.

–Esto debería pagar mi estancia.

Fritzie tenía los rasgos de mi madre, apenas endurecidos pero lo bastante para no ser bellos. Tenía la piel áspera y el pelo corto y rizado teñido de color platino. Sus ojos eran de un loco matiz fluctuante de

turquesa que sorprendía a los clientes. Comía bien, pero el hábito de fumar constantemente la mantenía delgada y demacrada.

–No tienes nada que pagar –dijo Fritzie–. Díselo, Pete. No tiene que pagarnos. Siéntate, calla y come.

Fritzie hablaba así, directa y burlescamente. Pete era más reposado.

–Ven. Siéntate y olvida eso –dijo–. Con tu madre nunca se sabe... –añadió con un tono de seriedad que se desvaneció. De algún modo, las cosas se evaporaban y desaparecían ante los ojos de Fritzie, absorbidas por el fuego azul de su mirada. Ni siquiera Sita encontró nada que decir.

–Quiero daros esto –dijo–. Insisto.

–Insiste –exclamó tía Fritzie. Su sonrisa adquiría cierto aire desafiante porque tenía un diente partido–. No insistas –dijo.

Pero yo no me senté. Cogí un cuchillo del plato de la mantequilla y traté de abrir la cajita.

–Bueno –dijo Fritzie–. Ayúdale, Pete.

Entonces Pete se levantó, cogió un destornillador de la parte superior de la nevera, se sentó y metió la punta debajo de la cerradura.

–Que la abra ella –dijo Fritzie, cuando la cerradura saltó. Pete me hizo llegar la cajita por encima de la mesa.

–Apuesto a que está vacía –dijo Sita. Se arriesgó mucho al decir eso, pero ganó por ases y picas que se interpusieron entre nosotras porque un momento después abrí la tapa y lo que había dicho era verdad. En la caja no había nada de valor.

Alfileres. Unos cuantos botones de metal arrancados de un abrigo. Y un recibo que describía el anillo y el collar de granates, empeñados por prácticamente nada en Minneapolis.

Hubo un silencio. Incluso Fritzie calló. Sita casi saltó triunfal de su silla, pero contuvo la lengua y sólo empezó a graznar más tarde. Pete se llevó la mano a la cabeza. Yo no me moví, mientras mi mente describía círculos. Si Sita no hubiese estado allí, quizá me habría hundido y puesto a llorar, como en la pensión, pero su presencia me mantuvo alerta.

Me senté a comer lejos del alcance del codo de Sita. Mi mente estaba preparando la venganza, y ya entonces había ido mucho más allá de una justa compensación, porque Sita no me comprendió claramente hasta mucho más tarde. Y por lo tanto, a medida que pasaban los años, yo me

volvía más importante que cualquier anillo o collar, en tanto que Sita desarrollaba esa frágil belleza que cualquier chico puede arrancar de un árbol al pasar y olvidar luego, o arrojar lejos cuando muere la fragancia.

Puse la cajita en el armario que ahora compartía con Sita, y nunca volví a mirar en su interior. No me permití pensar ni recordar, sino que seguí viviendo. Pero no pude detener los sueños. Por la noche aparecían Karl, mamá, mi hermanito y el señor Ober con la boca llena de trigo. Trataban de alcanzarme por cielo y tierra. Trataban de explicarme que había rima y motivo. Pero yo me tapaba los oídos con las manos.

Había perdido la fe en el pasado. Ellos eran parte de una trama que se disipaba, que estaba más allá de la comprensión y no me daba ningún consuelo.

La noche de Karl

Cuando Karl se tendió nuevamente en el vagón de mercancías esa mañana, decidió no moverse hasta morir. Pero el tren no continuó su viaje como se suponía. A menos de diez millas de Argus, el vagón de mercancías de Karl se separó del resto del tren y se detuvo. Durante todo ese día dormitó y despertó y vio a corta distancia los mismos dos altos silos plateados de cereal. Al final de la tarde estaba tan hambriento, sediento y helado y tan fatigado de esperar la muerte que, cuando un hombre entró por la puerta, le alegró tener un pretexto para abandonar la idea.

Karl se había metido entre el heno de los fardos rotos, y el hombre se instaló a apenas medio metro de él sin verlo. Karl lo examinó cuidadosamente. Al principio le pareció viejo. Tenía el rostro bronceado, del color del cuero reseco. Sus labios eran finos y sus ojos casi se perdían entre los pliegues. Parecía duro como la piedra debajo de sus ropas, los restos de un viejo uniforme del ejército, y cuando encendió una colilla la lumbre se reflejó en dos llamas en sus ojos. Expulsó el humo formando un anillo. Tenía el pelo largo, color arena, y la barba medio crecida.

Karl vio cómo el hombre fumaba metódicamente su cigarrillo hasta el final y luego habló.

–Hola.

–¡Ooooh! –El hombre se puso en pie de un salto y retrocedió, luego se recobró–. ¿Qué...?

–Me llamo Karl.

–Me has dado un susto de muerte. –El hombre miró enfadado las sombras que rodeaban a Karl y luego, bruscamente, rio–. Eres un crío –dijo–, y por Dios que parece tonto. Ven aquí.

Karl se incorporó en la ancha franja de luz de la puerta. El heno se había pegado a su abrigo y a su pelo. Miró al hombre desde debajo de

un montón de hierba, y su mirada era tan triste que el hombre se dulcificó.

–Eres una chica, ¿verdad? –dijo–. Perdón por mi lenguaje.

–No soy una chica.

Pero la voz de Karl no había terminado de cambiar y el hombre no se convenció.

–No soy una chica –repitió Karl.

–¿Cómo dijiste que te llamabas?

–Karl Adare.

–Karla –dijo el hombre.

–Soy varón.

–Sí. –El hombre lio un nuevo cigarrillo–. Yo soy Saint Ambrose.

Karl asintió con cautela.

–No es un chiste –dijo el hombre–. Mi apellido es Saint Ambrose. Me llamo Giles.

Karl se sentó en un fardo junto a Giles Saint Ambrose. El hambre lo mareaba. Tenía que abrir y cerrar los ojos para mantener la vista clara. Sin embargo, advirtió que el hombre no era tan viejo como había creído al principio. Apenas se sentó junto a él, Karl observó que tenía la cara trabajada por el sol y el viento, no por la edad.

–Soy de Lago Prairie –logró decir Karl–. Teníamos una casa.

–Y la has perdido –respondió Giles, mirando a Karl a través de nubes de humo–. ¿Cuándo has comido por última vez?

La palabra *comida* hizo que las mandíbulas de Karl se cerraran y que se le hiciera la boca agua. Miró en silencio a Giles.

–Toma –Giles sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete cuadrado de papel de periódico. Lo desenvolvió–. Es bueno, es jamón –dijo.

Karl lo aferró con ambas manos y comió con tan veloz ferocidad que Giles se olvidó de chupar el cigarrillo.

–Sólo por verlo valía la pena –dijo cuando Karl terminó–. Iba a pedirte que me dejaras un poco, pero me he apiadado.

Karl dobló el trozo de periódico y se lo devolvió a Giles.

–Está bien –Giles rechazó el papel. Se inclinó y recogió la rama que Karl había traído. Todavía tenía adheridas unas pocas flores grises y marchitas–. Esto sería bueno para espantar mosquitos –dijo Giles.

–Es mía –dijo Karl.

–¿Sí? –dijo Giles, azotando el aire–. Ya no. Digamos que ha sido un negocio.

Lo que le ocurrió en seguida a Karl lo avergonzaría más tarde, pero no lo pudo evitar. La rama le trajo el recuerdo del perro saltando, las fauces y el ladrido, Mary inmóvil en la calle mientras él mismo tironeaba del árbol con todas sus fuerzas, lograba desprender la rama y la blandía. Los ojos de Karl se llenaron de lágrimas que se derramaron.

–Sólo era un broma –dijo Giles. Sacudió el brazo de Karl–. Te la devuelvo. –Giles colocó los dedos de Karl alrededor de la rama y éste la sostuvo con fuerza, pero no pudo dejar de llorar. Abrumado, se fundía interiormente. Los sollozos estallaban desde su pecho.

–Tranquilízate –dijo Giles. Rodeó con el brazo los hombros de Karl, y el chico se apoyó en él, llorando ahora con largos gemidos desacompañados–. Tendrás que practicar. Los chicos no hacen esto –dijo Giles. Pero Karl siguió llorando hasta que se agotó la furia de su dolor.

Cuando despertó anocheceía. Apenas podía ver y el aire estaba lleno de un ruido sordo y confuso que parecía un torrente de lluvia o de granizo. Karl buscó a Giles, temeroso de que hubiera desaparecido, pero el hombre estaba allí.

–¿Qué es eso? –preguntó Karl, pasando las manos sobre la áspera chaqueta militar. Volvió a echarse, tranquilo, cuando Giles murmuró:

–Es sólo que están cargando el cereal. Duerme.

Karl alzó la vista hacia el oscuro sonido excitante de la avalancha. Planeaba cómo él y Giles viajarían en ese vagón de mercancías y saltarían a tierra de vez en cuando, en alguna ciudad cuyo aspecto les gustara, para robar comida, o quizás encontrarían una casa abandonada donde vivir. Imaginaba a ambos perseguidos por perros policía, corriendo más rápido que los granjeros y los empleados de las tiendas. Se veía con Giles asando pollos y durmiendo juntos, acurrucados los dos en un vagón que los zarandeaba, como estaban ahora.

–Giles –susurró.

–¿Qué?

Karl esperó. Había tocado antes a otros chicos pero por diversión, en los callejones que había detrás de la casa de huéspedes. Esto era